

ces, ¿dónde, para el hombre verdaderamente religioso, hallar un traje político apropiado y decente que no esté mugriento de iniquidad?

Dos partidos hay, sin embargo, enardecidos en proclamar que en ellos está vinculada la causa de la religion. Estos partidos, que no han alborotado poco para presentarse cada uno de ellos por el orbe como único adalid de los derechos de la Iglesia y monopolizador de religiosidad, son el llamado moderado y el carlista. Es decir, los dos bandos que en la saña de nuestras discordias civiles se han profesado quizás los odios más mortales y se aborrecieron más cordialmente. Digamos dos palabras sobre cada uno de ellos.

Ha habido, ciertamente, en el partido moderado hombres tan nobles de corazón como de levantado espíritu, claro entendimiento y valentía para condenar, no sólo las licencias y errores revolucionarios, sino también los yerros y torpezas de los propios amigos; tan hidalgos, en fin, de corazón y sentimientos, como conocedores profundos del estado moral de nuestra época; pero tales hombres estaban fuera de su centro en ese partido. Circunstancias críticas ó compromisos sociales los habían ligado con determinadas situaciones políticas; empero no les convenia el nombre de moderados sino comprendiendo bajo este apodo tan vago y general á todo aquél que no fuera ni progresista ni carlista. Si no creían en la legitimidad del pretendiente, ni aceptaban algunos de los principios políticos, ni las irracionales supersticiones de lo pasado que prevalecían en aquel campo, tampoco aceptaban ninguna de las doctrinas revolucionarias, y esto último bastaba para que no les fuera aplicable el nombre de moderados con la acepción política que ha adquirido este calificativo en nuestra historia contemporánea. Ellos eran moderados en los actos; pero no en los principios; los otros, por el contrario, eran moderados en la doctrina y violentos en los actos; y sabido es que si la moderación en los actos puede ser una virtud, la moderación en las doctrinas no es más que escepticismo y bajeza de entendimiento y de carácter. Eran ellos hombres de principios y convicciones sinceras; y el partido moderado no se ha distinguido jamás ni por principios ni por convicciones sinceras: tuvo por credo una mescolanza de ideas vagas y doctrinas contradictorias; fué su bandera amalgama monstruosa de principios cristianos con impiedad volteriana, de

violencias y sistemas jacobinos con furores autoritarios, bajo cuyos lemas se disfrazaban mal otras miras ruines, objetivo principal de aquella fracción tan exigua como intrigante, que no acertó á moverse en la arena política sino con los impulsos de una concupiscencia desatada para la conquista y disfrute del poder. Aquellos hombres de bien, que no eran ni realistas ni progresistas, tampoco fueron nunca revolucionarios; pero el partido moderado fué siempre partido esencialmente revolucionario, aunque taimado, hipócrita y vergonzante. Fué modelo acabado y perfecto de esos partidos medios abigarrados, pero vividores, que reducen toda política á usar con moderación unas cuantas doctrinas de Cristo y otras tantas del Anticristo.

El partido progresista, luego descompuesto en múltiples tribus de vándalos, es el que ha figurado en España al frente de la revolución, y el que, como elemento destructor más á propósito para acumular ruinas en breve tiempo, apareció siempre en las alturas del poder cuando más arreciaba la tempestad. Pero para conservar las iniquidades revolucionarias, ningún partido ha habido más á propósito que el de ese reducido número de intrigantes que usurpaban el nombre de moderados. Nadie mejor que ellos ha sabido explotar y gozar la revolución, nadie ha sido maestro tan consumado en el arte de encumbrarse, consolidando la obra impía que aparentaban impugnar y haciendo traición á la causa de que se decían defensores. Los revolucionarios sin máscara se habrán indispuerto francamente con el trono y con la Iglesia; pero no tuvieron la moderada habilidad de sus contrarios para servirse como instrumento de la corona, ni fueron menos funestos al trono y á la Iglesia. Revolucionarios mansos se irritaban cuando eran gobierno contra los conspiradores y generales indisciplinados, y demostraban con elocuencia la necesidad de robustecer el poder real; pero no conoce nuestra historia gente que en la oposición haya sabido conducir mejor ligas y monopodios secretos, ni hubo tampoco intrigantes más á propósito para descomponer al ejército en cohortes pretorianas, ni tribunos más adiestrados en las artes de minar un trono. Ellos forman; á no dudar, la galería más brillante de nuestra tribuna parlamentaria; ningún partido les igualó en el número de oradores de primer orden; en ninguno de los parlamentos que se han organizado en Europa desde la revolución de Francia,

ni aun en la misma tribuna francesa, se reunieron jamás tan egregios expositores del sistema constitucional; pero tampoco en ningún país se habrán conocido jamás revolucionarios que en la práctica hicieran uso más acomodaticio de una constitucion, y tuvieran ménos empachos de legalidad y derechos constitucionales. Nadie habrá encomiado más alto las virtudes de nuestro carácter nacional; pero nadie tampoco ha afrancesado más que ellos á la nacion española, y agostado en nuestro suelo las virtudes y gloriosas tradiciones pátrias, para hacernos vivir con leyes é instituciones francesas y contagiarnos con doctrinas y vicios galicanos. Pocos publicistas y hombres de Estado católicos habrán sabido demostrar con tanta energía la necesidad y justicia de que el poder temporal se reconcilie cuanto antes con la santa sede; pocos habrán protestado con mayor vehemencia contra la iniquidad del despojo de los bienes eclesiásticos, ni evidenciado mejor que en España no se profesa más que un culto y sólo se conoce una Iglesia: pues aunque abundan los incrédulos, éstos no forman culto ni constituyen Iglesia. Pero tampoco habrá partido que haya firmado concordatos con más mala fé, ni progresista que se haya apresurado tanto á vender los bienes del clero, ni ministro radical que haya envenenado más la enseñanza y fomentado mejor la herejía, entregando á impíos y heterodoxos las principales cátedras universitarias.

La moderacion, apoyada en la verdad y en la justicia, es, sí, el más sábio principio para el gobierno de los hombres; pero la moderacion, apoyada en lo injusto, es el disolvente mayor de las sociedades. Por eso, entre los partidos que en nuestra pátria han figurado durante la época contemporánea, el moderado ha sido el más disolvente é inícuo. La moderacion, en sus manos, no sirvió sino para hacer más terrible y corruptora la iniquidad general de su política.

Hoy el partido desapareció; sólo vive, como recuerdo triste, en los anales de nuestra historia contemporánea. Falto de principios, no era en realidad más que una sociedad comanditaria, constituida hábilmente bajo los auspicios de algunos personajes para conseguir puestos del Estado, riquezas y dignidades. Bastó un sacudimiento revolucionario, seguido de prolongados años de destierro y alejamiento del poder, para que la sociedad, que ya no contaba beneficios, quedara *ipso facto* disuelta.

Unos cuantos ilusos, de buena fé en su mayor parte, pretenden, á pesar de la desercion general que han presenciado en sus filas, conservar la que llaman gloriosa tradicion de partido. Gente cándida, no comprenden que la fuerza principal de su partido se componia de esos aventureros mercenarios que, no sujetos á ninguna bandera, son propiedad comun de todos los bandos que se disputan el gobierno de la república. Cuando el partido estaba en apogeo, y contaba grandes caudillos y podia dar buenas soldadas, á el acudian en número los aventureros á pié y á caballo, ajustaban el precio de sus servicios, y cerrado el trato, empeñaban por la causa sus armas, su fuerza y su experiencia. Pero ahora, que no cuenta con recursos, las tropas mercenarias se alistan por otros campos. Poco les importa á esos suizos ponerse al servicio del papa ó del emperador, del rey de Nápoles ó del duque de Milan, de la señoría de Florencia ó de la de Venecia: sirven á quien mejor les paga y cierra con ellos tratos más ventajosos. Cumplido el plazo estipulado, ó derrotada la república á quien servian, no creen faltar á ninguna ley de honor volviendo las armas sobre el mismo campo de batalla contra los que han sido sus señores. Pero la prueba más segura de que una causa ha sucumbido, es que no se presente á ofrecerle sus servicios ninguno de estos aventureros mercenarios.

Esto que le sucede ahora al partido moderado, es el triste pero inevitable acabamiento de todo partido político que, falto de principios, no representa sino un núcleo formado por unos cuantos caudillos sagaces para explotar hábilmente situaciones diversas, y que, cuando con intrigas afortunadas llegan á encumbrarse en el poder, se ven rodeados de milicias de aventureros que solicitan prestarles sus servicios. Esos soldados mercenarios no pueden tener por la causa que sustentan la abnegacion y entusiasmo del soldado que, por amor y patriotismo, defiende su bandera. Un partido constituido sobre grandes principios é intereses sociales, tendrá campeones que le sirvan con abnegacion, que estimen los triunfos y adversidades de la causa como triunfos y desgracias personales, y consideren como la mayor deshonra y alevosía el desertar al enemigo; campeones, en fin, cuya adhesion y fidelidad heroica á su bandera aumentará con los mismos desastres. Pero el partido que no excita entusiasmos, y movido sólo por miras ruines de codicia del poder no acierta á tener por fuerza principal sino

gente mercenaria, verá en medio de un descalabro á todas sus milicias pasarse al enemigo, quedando los caudillos solos. Si tal triste tragedia le sucede alguna vez á algun partido, no se pida prueba mejor de que esa causa, que ni inspiró entusiasmo, ni supo excitar abnegacion en sus defensores, no tuvo principios, ni representó tampoco grandes intereses sociales, y sólo pudo hallar su razon de ser en alguna de esas intrigas frecuentes en la política cuando se trata de levantar una faccion, pero que por bien medidas que estén no se pueden sostener largo tiempo, ó en alguna otra causa accidental y de momento.

No es otra la historia de la vida y muerte del partido moderado. Juzgue el lector si, por respetables que sean algunas personalidades que hoy le quieren resucitar, parece sério sostener que á semejante causa se asocien los intereses religiosos.

En distintas circunstancias se encuentra el partido carlista. La historia triste de nuestras discordias civiles en el presente siglo no ofrece seguramente ningun partido que haya contado mayor número de hombres de bien y campeones de buena fé, y de convicciones más firmes y sinceras y más dispuestos á sacrificios heroicos. En vano buscaríamos por los demás partidos tan numerosos ejemplos de firmeza de principios y fidelidad entusiasta é inquebrantable á una bandera de que nos han dado tantas muestras no pocos caudillos y soldados de esa causa desgraciada. En medio de la corrupcion de los tiempos modernos, cuando con harta frecuencia vemos que no se estima ya infame la apostasia y el perjurio político, y que la codicia y el servilismo del éxito ha sustituido en el mayor número á los sentimientos de fidelidad, es digna de toda alabanza y honra el carácter hidalgo de nuestra raza, y se ha de enseñar á todos, como imitable ejemplo, la honrada conducta de esos hombres, que, lanzados al campo político por sus convicciones profundas como adalides de una idea, le sacrificaron hacienda y vida; y afligidos por todo género de adversidades, proscritos y hechos juguete de la insolencia y sarcasmo de los vencedores, arrojados con frecuencia de la posicion social más encumbrada á la más profunda miseria, las mayores pruebas del infortunio no pudieron hacerles quebrantar el menor de sus deberes de fidelidad, y con abnegacion heroica se mantuvieron hasta la muerte esclavos de su conviccion y de la fé prestada. En el partido carlista es

donde más han abundado y donde se perpetúan todavía estos caracteres nobles y caballerescos. Y es que este partido, á diferencia del moderado, ha sido representante de principios é intereses que, por más que la revolucion los quiera ultrajar, tienen hondo arraigo en nuestra patria: ha sido un partido sustentado principalmente por la fé y entusiasmo, y no por mercenarios serviles.

Nadie entienda que con esto queremos negar que no han abundado tambien en el campo carlista intrigantes, movidos del único afán de medrar á costa del público y enriquecerse en medio de los disturbios. Bajo toda bandera política las pasiones humanas producirán siempre esa clase de seres viles. Nuestro único propósito es reconocer de buena fé, como adversarios leales, que ese partido, contra quien no vamos á escusar censuras, ha sido entre todos el que ha sabido inspirar mayor número de campeones entusiastas y convencidos, y producido más caracteres hidalgos.

Á las violencias revolucionarias se debe propiamente la formacion del partido carlista, y esa causa no vive y se perpetúa como partido político, sino por los errores y torpezas de sus contrarios. Cuanto mayores peligros y desastres produzca la revolucion, tanto mayores serán las fuerzas del carlismo. Cuanto más ultrajadas se vean las venerandas tradiciones patrias y desechos en anarquía los poderes sociales, tanto más vigorosamente impulsados se sentirán los hombres de bien y de orden hácia el partido más opuesto á toda innovacion y reforma; más inclinado á resolverlo todo con la tradicion antigua y enemigo más decidido de toda traba y limitacion del principio de autoridad. Sólo hay un medio de matar al carlismo: consiste en gobernar bien y contener las doctrinas y excesos revolucionarios. Mientras haya revolucion, habrá carlismo. Ley social, como ley mecánica, es que la reaccion sea siempre proporcionada á la accion de las fuerzas. Los revolucionarios de Cádiz produjeron los revolucionarios realistas. Junto á una milicia nacional del liberalismo, habrá siempre una milicia nacional del absolutismo. Junto á las demagogías jacobinas, es inevitable que se formen demagogías reales.

Pero por lo mismo que el partido carlista se ha formado por este procedimiento de reaccion, está muy distante de constituir un todo homogéneo: carece de unidad; entran en él elementos de todo punto encontrados, entre los cuales ha sido imposible ocultar la más

profunda desunion, aun en los tiempos en que el ardor de la lucha debiera haber contenido en el seno del partido militante todo germen de discordia.

Aparte de las muchedumbres arrastradas á aquel campo por ciegos instintos, por los impetus del corazon más aún que por el raciocinio, se notan discordancias profundas, hasta entre los mismos que se han acogido á aquellos lemas por ideas fijas y convencimiento propio. Hay un elemento que, extendiendo la autoridad real más de lo que la razon y el derecho aconsejan, no se satisface ya con un cetro como el de Felipe II, robusto, aunque contenido en las leyes, y precisado á recurrir á las córtes para legitimar la derrama de impuestos y, en consulta de los asuntos árdulos del gobierno de la monarquía, piden más bien la autoridad real de un Carlos III, con atribuciones y facultades omnímodas sobre los vasallos. Hombres religiosos, lo cual no es lícito ni prudente ponerlo en duda desde el momento en que se les ve afiliados á ese bando, las ideas políticas fueron, no obstante, la fuerza principal que les arrojó á aquel campo. Si se examina su profesion de fé en la parte religiosa y social, aparecerán no ménos partidarios de las reformas que los ministros de Carlos III, con cuyas doctrinas coinciden en no pocas materias. Son realistas, con naturaleza progresista. Papistas, con tal que el papa no les reprenda; no tienen escrúpulos en dar lecciones de doctrina á los mismos obispos, y aunque simples legos y gacétileros, excomulgan sin reparo *nominatim* á clérigos y seglares. No cesan de ostentar celo religioso y hablar de su sumision á la silla apostólica, y protestar contra los ultrajes que la revolucion infiere á la Iglesia y al clero; pero, sin embargo, cuando se sienten en confianza y en familia, encuentran que algun soberano pontífice ha tenido algo de liberal, y al mismo tiempo convienen unánimes en que es preciso tener á respetuosa distancia del trono y contener la accion absorbente del elemento que, cuando se hablan en secreto y al oído unos de otros, suelen calificar, lo mismo que los liberales, con el mote de clericalismo. No habrá partidarios más decididos de la alianza estrecha entre la Iglesia y el Estado; pero en cuestion de supremacía, no vacilarán tampoco en ponerse del lado de los poderes temporales. Ultra-realistas hasta el regalismo representan, dentro del carlismo, aquel elemento legitimista que durante los reinados de Luis XVIII y Carlos X no

cesó de abogar en Francia por el respeto de las libertades de la Iglesia galicana. En una palabra, son hombres cuya pasion principal y dominante es el estar embobados con el rey absoluto. Como á los Arandas, Campomanes y Floridablanca, les gustaria ver un trono rodeado de majestad y omnipotencia, que el mismo fuera realizando en el órden social, por real decreto, y sin anarquías revolucionarias; la obra reformadora que la revolucion está llevando á cabo entre incertidumbres y catástrofes. Hay en ellos no poco liberalismo, aunque en estado de crisálida: es un liberalismo gritando todavía: «Viva el rey absoluto». En realidad, son hombres que viven en el siglo XIX con las doctrinas monárquicas y reformadoras del siglo XVIII, durante el reinado solapadamente vóltariano de Carlos III.

A este elemento es al que suelen acogerse con preferencia los hombres reñidos con el *ne quid nimis*, y que no aciertan sino á oscilar en las alternativas de las exageraciones más extremadas. Arrastrados en un principio por el liberalismo político, retrocedieron al extremo opuesto por un nuevo impulso contrarrevolucionario en cuanto recibieron el desengaño práctico de la doctrina que les apasionó en la mocedad. Creyendo curarse del liberalismo democrático, se fueron al bando del liberalismo absolutista. Despues de haber sido más liberales que Riego, piensan que no deben hacerse viejos sin convertirse en realistas más exaltados que Calomarde. Se hacen tan apasionados ortodoxos, como fueron herejes apasionados; monárquicos tan decididos, como fueron constitucionales vehementes; escriben biografías y panegíricos de los defensores de *Dios, Patria y Rey*, con el mismo entusiasmo con que escribieron antes biografías y panegíricos de héroes revolucionarios mantenedores de los derechos del hombre. Fuera difícil hallar más implacables anatematizadores; si tuvieran en su mano los rayos espirituales, se vería que á la vuelta de breve tiempo no quedaban por el mundo media docena de cristianos sin excomulgar. No aciertan, en efecto, á dar pruebas de que su conversion ha sido completa sino poniendo á todos en entredicho, y tratando á los enemigos, como á los no bastante amigos, con saña y furor; que en cualquiera fueran censurables, pero que, sobre todo, no tienen disculpa en hombres que por propia experiencia personal debieran tener en cuenta lo fácil que es estar de buena

fé viviendo largo tiempo en el error. Ante pruebas tan solemnes, no es lícito dudar del arrepentimiento; pero por más que haya sido su conversión completa, no se sabe de cierto cuándo hicieron mé- nos daño á su causa: si cuando son ortodoxos ó cuando eran herejes; cuándo agravaron más á su rey y proporcionaron más desazones al partido: si cuando demagogos ó cuando realistas.

A éstos hay que añadir el núcleo, no pequeño, que forman dentro de ese partido los simples supersticiosos de lo pasado. Con frecuencia hemos censurado duramente el furor vandálico de los energúmenos que no guardan sino desprecios para los tiempos que fueron. Entendimientos vulgares y rutinarios, empachados de todas las preocupaciones y necesidades de su siglo, se creen, sin embargo, más sábios que todos los varones ilustres de las generaciones pasadas; firmemente convencidos de que, hasta que ellos vinieron al mundo, no hubo en la tierra más que ignorancia y barbárie, no saben sino blasfemar de la memoria y tradiciones de sus mayores. Justo es que censuremos también, con igual severidad, al espíritu de chochez del extremo opuesto.

Así como abundaron en todo tiempo, y hoy quizás más que nunca, ó por lo menos viven hoy más visibles y ruidosas, las gentes dispuestas á mirar con desprecio la venerable antigüedad, porque ignoraba mucho de lo que ahora aprende el niño en la escuela; tampoco faltaron nunca, aunque parezcan andar más escasos en nuestros días, los supersticiosos de lo antiguo, que estiman que cualquier tiempo pasado fué mejor, y sienten con respecto á las instituciones y leyes antiguas la misma extraña pasión que deja estático al bibliómano delante de un libro raro y viejo, del cual no conocerá nunca más que la portada, el pié de imprenta, los índices y la fecha venerable. Enfurecidos contra toda novedad, se pasan estos hombres la vida invocando la sabiduría de los antepasados para reprobear reformas que los mismos antepasados hubieran sido los primeros en introducir si vivieran en medio de las condiciones de nuestro tiempo. Se opondrán á que se reúnan córtes, porque largo tiempo estuvo viviendo la monarquía sin convocarlas más que para la jura del monarca; ó querrán por diputados de Castilla y Leon tan sólo á los diez y ocho procuradores de las antiguas ciudades de voto en córtes, porque en tiempo de los Reyes Católicos no pidieron más los vasallos, y aquellos procurado-

res supieron cumplir su deber con bizarría. Después de la pérdida de las colonias, no querrán que se suprima ó reforme el consejo de Indias, porque lo estableció la sabiduría de Carlos V. Abogarán porque no se suprima el tormento, porque de él se valió hasta ahora la humanidad como elemento de prueba judicial. Se opondrán, en fin, á que se reformen los derechos absolutos de la potestad real sobre la vida de los vasallos, porque por el procedimiento sumarisimo llamado de cámara, y por la vía de *esdeño*, sin las trabas de los trámites ordinarios de justicia, Carlos V y Felipe II supieron con todo acierto corregir excesos y atrevimientos, decretando *motu proprio* la muerte de malvados.

«No preguntes, exclama el inspirado autor del *Eclesiastes*, ¿por qué los tiempos primeros fueron mejores que los de ahora? Es de necios semejante pregunta». Muy presente debieran tener tan saludable consejo los que nada más que por indiscreta devoción á lo antiguo forman bando político. Desatinados por supersticioso amor á la España antigua, acudieron muchos al campo carlista para entregarse en cuerpo y alma á la contemplación de su ideal; pero no se daban cuenta muy cabal de cuál era la España antigua, que amaban con acendrado cariño, aunque con amor platónico y vago; ni reflexionaron tampoco sobre si aquella veneranda España, tal como ellos la conciben, podría vivir hoy sobre este mismo suelo sin convertirse en monstruo de anarquía, en lugar de producir, como siglos atrás, prosperidad y grandeza. El amor no es que profesan á todo lo antiguo no les ha permitido decidirse por ninguna tradición ó por ninguna época determinada. Todas las quisieran disfrutar y gozar á un tiempo, porque todo, en siendo viejo, les parece bueno y remedio eficaz para los males de ahora. Buen rey es para ellos Carlos III; tiempo dichoso aquél en que los pueblos no se rebelaban sino por capas y sombreros chambergos; no fué mejor Felipe II, sino porque fué más antiguo. ¿Qué tiempos aquellos en que los españoles, cubiertos de la blanca toga romana, ó de la férrea cota del visigodo, se reunían en los concilios de Toledo; ó aquéllos en que, bardados de hierro, reconquistaron palmo á palmo la patria sobre los infieles; ó aquéllos en que gobernaban al mundo con la superioridad y severa rigidez que se re-

1 *Eclesiastes*, c. VII, vers. 11.

flejaba en su exterior; ó aquéllos, en fin, aunque más recientes, en que, bajo la capa de grana, ocultaban todavía nuestros padres las grandes tradiciones del carácter heroico de nuestra raza. Comprometido sería para estas gentes, siempre arrobadas en la admiración de lo que fué, preguntarles qué época ó qué tradiciones de nuestra historia son las que invocan, á qué siglo ó á qué leyes dan su predilección, qué usos y costumbres son los que quisieran para nuestro mejor gobierno. Como antes decía, la idolatría de lo pasado no les permite fijarse en ninguna tradición ó en ninguna época precisa; y dentro del campo de las tradiciones históricas adoran un ideal tan vago y peligroso, como pueda serlo el ideal de un gobierno libre y perfecto, con que acostumbra á delirar la gente revolucionaria.

Bajo la vaga invocación de la España antigua cabe, en efecto, venerar y pedir la España de los concilios de Toledo y del Fuero Juzgo, la España del Ordenamiento Real ó de los Reyes Católicos, y la España de la dinastía austriaca ó de la casa de Borbon, hasta Carlos IV y Fernando VII inclusive. Dentro de la España antigua hay una monarquía electiva y una monarquía hereditaria, un poder real y una institución de cortes que no permanecieron nunca cien años seguidos con la misma constitución é iguales atribuciones. Invocando, por fin, la España antigua, y dentro de las seculares tradiciones de la historia patria, el carlismo podría darles muy bien un espectro de anarquía, y tiempos no menos revueltos y sediciosos que los de ahora, con los cuales, de seguro, habrían de perder por completo la devoción á su ídolo.

De todo lo dicho se infiere, escribía Diego de Saavedra, que si bien es venerable la antigüedad, y reales los caminos que á la posteridad abrió, por donde seguramente caminase la experiencia, suele rompello el tiempo y hazellos impracticables. Así no sea el príncipe tan desconfiado de sí, y tan observante de los pasos de sus antecesores, que no se atreva á echar los suyos por otra parte, según la disposición presente. No siempre las novedades son peligrosas, á veces conviene introducirlas. No se perfeccionaría el mundo si no innovase. Cuanto más entra en edad, es más sábio. Las costumbres más antiguas, en algún tiempo fueron nuevas. Lo que hoy se ejecuta sin ejemplo, se contará despues entre los ejemplos. Lo que seguimos por experiencia, se empezó sin

ella. También nosotros podemos dejar loables novedades que imiten nuestros descendientes. No todo lo que usaron los antiguos es lo mejor, como no lo será á la posteridad todo lo que usamos agora. Muchos abusos conservamos por ellos, y muchos estilos y costumbres suyas severas, rudas y pesadas, se han templado con el tiempo y reducido á mejor forma* 4.

Habla Saavedra como profundo político. Propósito tan anárquico y revolucionario como el de los innovadores sistemáticos, es el de aquéllos que se empeñan en restituir una república al estado antiguo, cuando se perdieron las antiguas costumbres, y quieren conservar intactas las antiguas leyes, cuando se mudó del todo el estado social que las dió origen. No hay poder humano capaz de detener un instante la rueda que el tiempo hace girar con impulso irresistible, trasformando continuamente leyes, instituciones, costumbres y pueblos, y trayendo sobre la tierra situaciones y gobiernos diversos, como generaciones distintas. Ninguna institución humana permanece dos generaciones la misma. Podrá el nombre conservarse el mismo; pero por poco que la institución dure, sin que nadie lo pueda impedir, ella misma se habrá modificado profundamente. Acumulan los siglos vicios y abusos en las creaciones más venerandas, y la única manera de respetar y venerar lo pasado consiste en extirpar abusos para conservar mejor el fondo de la tradición. No se guarda con religiosidad el legado de los mayores conservando intactas, con supersticiosa idolatría, hasta completa decrepitud, las obras que ellos hicieron, sino restaurándolas y modificándolas sin cesar, é inspirándose en lo que ellos mismos harían, según los tiempos. Obrar de otro modo es injuriar la memoria de los antepasados y preparar para la patria catástrofes y revoluciones.

Este género de insensatos adoradores de las cosas de antaño, que se empeñan en no cumplir los decretos del tiempo, se han refugiado hoy en el campo carlista, y dentro de él constituyen un elemento anárquico tan peligroso como el radicalismo revolucionario.

Más respetable que los que preceden es el otro elemento que constituyen en el partido carlista los hombres profundamente permeados por el espíritu católico. Este elemento, que constituye el núcleo del partido, es el que da firmeza y consistencia á sus principios. D. SAAVEDRA FAJARDO, *Empresas políticas*, último párrafo de la empresa 29.

netrados del desquiciamiento moral que ha producido la revolución. Vivamente impresionados por el sentimiento de aflicción que embarga todo corazón noble al contemplar el cuadro triste de una sociedad que con arrebatos de bárbarie mutila el legado de sus mayores y se complace en reducir á ruinas las construcciones seculares; en presencia del extravío y perversion general de las ideas, viendo á pueblos entregados sin freno al géneo del mal, desatados todos los instintos perversos y las pasiones ruines, escarrecida sistemáticamente la justicia, y en auge la iniquidad, esos hombres se sintieron poseidos de justa indignacion. Comprendieron la necesidad urgente de poner cuanto antes freno á la orgia revolucionaria y contener su marcha desoladora. Buscaron en su alrededor un partido que prestara al trono bastante fuerza y autoridad para dominar tanta anarquía; un partido que respetara las tradiciones religiosas de la patria y devolviera á la Iglesia los medios de accion para que afianzara el orden sus recursos morales, y no quedáramos reducidos al triste remedio de las violencias del poder para sujetar la anarquía; pero no hallaron ninguno que llenara sus aspiraciones. Creyeron que en el campo carlista era donde militaban los hombres más sinceramente adictos al trono, y amantes de un orden de cosas estable y duradero; y aunque se hallaban muy distantes de las exageraciones que dominaban en aquel campo, y no aceptaban ni con mucho todos los principios de su credo político, consideraban, por el contrario, que más bien que sostener de un modo exclusivo la España antigua, convenia tener en cuenta las nuevas necesidades y mudanzas sociales que habian traído los tiempos y procurar hermanar la España antigua con la España moderna, ahora separadas por guerras y revoluciones; hicieron, no obstante, cargo de que en política no se ha de vivir sólo de abstraccion, que los principios se han de traducir en hechos y necesitan las ideas encarnarse en elementos de lucha que encuentran organizados en el cuerpo social. Perplejos algun tiempo, les acabó de decidir alguna nueva convulsion revolucionaria, y buscaron entre las banderas alzadas en el campo de la discordia aquella que menos se alejaba de su doctrinas, y á ella se acogieron.

Podrá cada cual juzgar más ó menos acertada esta determinacion; pero nadie que sea justo se atreverá á negar que es digna del

mayor respeto la inmejorable intencion y rectitud de miras de los hombres que la siguieron movidos de convicciones tan profundas como sus sentimientos de honradez.

Todos estos elementos heterogéneos, y otros de menor importancia que seria ocioso enumerar, aunque bulliciosos y volubles, han tenido en él no pequeña influencia; son los que comunican al carlismo, como partido político, la fisionomia que le es característica. Fuera inútil buscar en ninguna otra parcialidad política una mezcla parecida de elementos y caractéres más encontrados y opuestas doctrinas, de principios de orden y pasiones y tendencias de anarquía; ni tan abigarrada confusion de sentimientos nobles y generosos y de sacrificios heroicos y apetitos ruines y codicias impuras; ni tal amalgama, en fin, de hombres tan de bien como senosatos y de gentes tan ilusas como frenéticas. No necesitamos añadir que ha sido tambien triste, pero inevitable desgracia, para ese partido que con harta frecuencia prevalecieron en él las inspiraciones de las reacciones anárquicas y de las exageraciones realistas del absolutismo liberal sobre los sábios consejos de los hombres de juicio. Quizás en la redaccion de alguno de los manifiestos que el partido ha dirigido al país podrá haber prevalecido la opinion de los más prudentes; pero por lo demás la influencia de estos hombres no ha alcanzado en las resoluciones del príncipe muchos más triunfos que conseguir que se estamparan por vía de compromiso en algunas proclamas unas cuantas fórmulas vagas y estériles. Cuando más debiera imperar allí la unidad, hemos visto entronizado el cisma y desatada encarnizada discordia. Allí tambien, con tanta ó mayor frecuencia que entre los partidos que ponen en práctica el sistema constitucional, vimos cambiarse los ministros y mudarse repetidas veces de política; vimos intrigas para conseguir el poder, motivadas no sólo en la mejor direccion de la causa, sino en un cambio completo de principios; vimos postergados los hombres de buena fé y abnegacion probada, encumbrados los intrigantes y escogidos con preferencia los caudillos entre la gente advenediza, más conocida por sus apostasias ó conversiones que por su fé política. Cuando estaban enfrente del enemigo, mientras los soldados derramaban heroicos su sangre en los campos de batalla, vimos á los jefes divididos entre sí por odios y enemistades más profundas que las que podian separarles del

campo constitucional. Vimos, por fin, esterilizadas por la disensión y la guerra intestina las ocasiones mayores de triunfo que se ofrecieron jamás á un partido puesto en armas.

Y es que no hay posibilidad de cubrir bajo una misma bandera aspiraciones tan encontradas y elementos tan heterogéneos. Por eso, cuando el carlismo parecía haber acumulado mayores elementos de triunfo, lo vimos siempre entrar en horrible disolución, y morir como de gangrena. En 1840 grabó Balmes un terrible epitafio sobre la tumba del carlismo; y lejos de haber perdido su oportunidad con los sucesos de los últimos años, este epitafio no ha hecho sino mostrarse más verdadero con los escarmientos recientes. «De esta manera, decía entonces nuestro insigne filósofo, han conseguido que su causa haya perecido de tal modo, que ni siquiera se le ha dejado el honor de sucumbir en una batalla general y decisiva. Nada de eso: sino que se ha disuelto; ha muerto de gangrena. Y al presentarse fugitivo D. Carlos en país extranjero, no ha tenido el consuelo de hablar aquel lenguaje que ennoblece la desgracia de una gran derrota: «La suerte de las armas me ha sido adversa, he visto perecer á mis valientes en porfiado combate, y vengo á pedirlos un asilo en nombre del infortunio». Que no basta, no, para encubrir el verdadero aspecto de las cosas, el llamar traidor á Maroto, pues que si no hubiese habido mucha predisposición de ánimo, si el mal no hubiera tenido raíces muy profundas, no hubiera este general podido llevar adelante sus planes. Medió aquí, sin duda, el plan de un hombre; plan llevado á cabo con una audacia increíble; pero medió también algo más: el gérmen de muerte estaba entrañado por la misma naturaleza de las cosas. De otra suerte, ¿cómo se explica el que en veintidos días, casi sin una acción, desaparezca un ejército de 30,000 aguerridos combatientes, apoyados en la opinión del país, tan decidida por espacio de seis años, atrincherados en plazas de armas, en fuertes respetables, en posiciones y cordilleras inaccesibles; y todo esto teniendo á su frente á su rey, protestando contra la traición del general y excitando á los soldados y á los paisanos á continuar la lucha?»¹

Y si esto le ha sucedido al carlismo enfrente del enemigo, cuando no se trataba de gobernar y aplicar principios, sino de

¹ BALMES, Consideraciones políticas sobre la situación de España, c. VIII.

vencer ó morir; si no ha sabido permanecer unido en la hora de la lucha, que es cuando únicamente son posibles hasta las coaliciones más monstruosas; si no ha sabido, en fin, mantener disciplina en sus filas, ni ocultar las pasiones anárquicas y los furros perversos, ni cautivar simpatías en la adversidad y lejos del poder, que es cuando los partidos nos suelen siempre parecer mejores, y nos sentimos más propensos á tratarlos con indulgencia y hasta con cariño, ¿qué no hubiera sido de él si por los medios que emplea con preferencia, por la conjuración ó la guerra, le hubiera tocado algun día llegar á la cumbre del poder?

Muy bien se pudo creer en los comienzos que se alzaba por allí un campeón armado de los principios cristianos; no pocos se pudieron alucinar al oír decir á un príncipe: «Llamado á matar la revolución en mi patria, Yo la mataré». Pero luego se ha visto que la revolución es quien le ha matado; porque aquel adalid, como tantos otros, resultó que *non erat de semine vivorum illorum per quos salus facta est in Israel*. Sucumbió, porque aun en medio del furor de la lucha, se vió que en lo que debía ser campo de un príncipe cristiano, se proclamaban doctrinas anticristianas ó cuasi-anticristianas; que en reales decretos, disposiciones gubernativas y códigos penales prevalecían los regalismos galicanos y enciclopedistas del siglo pasado; que de los tres motes que habia inscritos en aquella bandera, DIOS, PATRIA Y REY, no se cuidaba más que del último, del que importaba menos; que no era, en fin, aquella causa más que la del liberalismo absolutista y monárquico enfrente del liberalismo parlamentario, no ménos absolutista á su manera. Así es, que tenia que entrar irremediable disolución en una hueste donde habia, á un tiempo, descendientes de los cruzados animados de todos los sentimientos caballerescos y heroicos de sus gloriosos antepasados, y sarracenos infieles reñidos con el nombre y la doctrina de Cristo. Y aunque unos por disciplina militar y de partido continuaran luchando en aquellas filas, y otros permanecieran también en ellas por conservar aún candorosas las gratas ilusiones del primer día, muchos, por el contrario, que en un principio saludaron entusiastamente á un príncipe que por entonces se creía destinado á ser un futuro Carlos-Magno, como le llamaban los suyos, hubieron de convencerse muy luego que de Carlo-Magno no ha tenido más que lo de Roncesvalles.

El carlismo ha muerto, y no tiene ya en nuestra patria más vida que la que le den, como doctrina de reaccion, los excesos revolucionarios. Ante ese cadáver, al católico no le corresponde más que seguir su conducta de siempre, dejando morir lo que muere, ó lo que quiere morir, sin ultrajar ninguna mortaja, pero no haciéndose solidario tampoco de la conservación de lo que está pudriéndose en la tumba. Aunque en un tiempo la legitimidad real hubiera estado del lado del carlismo, punto que ahora sería impertinente tratar, ya en adelante, con arreglo á los principios que sientan unánimes todos los tratadistas de derecho público, se le puede aplicar al pie de la letra la doctrina tan sabiamente sentada por el profundo Taparelli, diciendo: «Que no sólo han espirado por prescripción natural los deberes políticos de los súbditos para con su antiguo soberano, sino que además está éste obligado á renunciar al uso de sus derechos de soberano». Todo hombre de la más mediana penetración, que no esté ofuscado por pasiones de partido, comprende hoy que el mayor triunfo que esa causa puede esperar en lo venidero es pasar sobre el trono como una tormenta asoladora. Roguemos á Dios no permita que, ni aun por breve tiempo, triunfe jamás semejante partido en nuestra patria, no sólo porque sería indicio que la revolución había desvenuto en nuestro suelo tragedias aún más horribles que las que hemos conocido, sino porque debemos todos procurar apartar de nuestra historia ignominias y horrores como lo peor de la revolución, y

¹ TAPARELLI. *Ensayo teórico de derecho natural*, t. I, lib. III, c. V, art. II, párrafo 681. En el párrafo que precede, dice el mismo autor: «Véase, pues, cómo se deriva de aquí por vía de consecuencia la proposición que ofrecí demostrar, á saber: que el no admitir la prescripción tratándose del derecho de la autoridad social, sería una obstinación abusiva de la justicia. Llámola injusta, porque semejante justicia pretendería mantener perpetuamente una sociedad en estado deplorable, por no privar de su derecho á un individuo que ha perdido el uso de él de una manera irreparable, y de qué derecho. Del de ser autor (careciendo de fuerza necesaria para ello) de la felicidad á que la sociedad tiene derecho inalienable, como quiera que este derecho constituye la esencia misma de la sociedad, que no es otra cosa que la conspiración á su bien común. Considerad si no el lenguaje que usaría el pretendiente dirigiéndose á la sociedad, si realmente tuviese derecho á su obstinada adhesión: «Yo, diría, tengo derecho á labrar vuestra felicidad; pero me falta poder para esto. Vosotros tenéis derecho á ser felices; pero no podéis esperar que sea cumplido por mí. Renunciad, pues, á vuestra felicidad; para conservar en mi persona el derecho de haceros felices.» No sería acaso este discurso un verdadero delirio? Tan acertada como oportuna es la observación del eminente filósofo. En España, sin embargo, no faltan gentes que, lejos de estimar que sería delirio semejante lenguaje en labios de un pretendiente, estiman, por el contrario, que es el *non plus ultra* de la cordura y sensatez.

una época triste en que, á nombre del rey y de la religión, se repetirían los crímenes que vimos perpetrar á nombre de la libertad; y haciendo explosión ódios y concupiscencias acumulados en medio siglo de adversidad, los elementos perversos arrollarían seguramente, en la exaltación del triunfo, á los hombres de bien que se hicieron sostén de esa causa con buena fé y abnegación digna de mejor empleo.

Ningun pretexto hay, por tanto, para vincular los intereses espirituales al triunfo de semejante causa. Ningun título tiene el carlismo para monopolizar religiosidad, y presentarse ante los hombres como necesario campeón del catolicismo y único partido de cuya fortuna ó adversidad depende el triunfo de la Iglesia en España. Ni hay tampoco términos hábiles para que entre ambas causas puedan firmarse pactos de alianza, pues las miras especiales del carlismo, más bien que de auxiliar, servirían de tropiezo y obstáculo al triunfo de los intereses católicos, y los medios de acción de que ese partido se vale, bien sea por inclinación natural ó bien porque se vea precisado á ello, no son medios apropiados para la causa católica. Los retraimientos sistemáticos, los arrebatos de violencia, las insurrecciones y guerras civiles, las conspiraciones é intrigas clandestinas serán medios adecuados para el triunfo del carlismo, no lo hemos de negar, puesto que así lo consideran los jefes que lo dirigen; pero á los cristianos, hoy, lo mismo que en tiempo de Tertuliano, les conviene mostrar que no hay entre ellos ninguno afiliado á los bandos y conspiraciones de Albino, de Níger ó de Cassio. La Iglesia tiene sus grandes medios morales de acción, que valen mucho más que todos aquellos recursos de que se vale la causa carlista como todo partido político; y estos grandes medios morales de que dispone la Iglesia están de todo punto reñidos con los retraimientos, las violencias, las conjuraciones y las intrigas clandestinas. Fuera locura pedir á nombre de no sé qué alianza imaginaria que la Iglesia y los fieles renunciaran á valerse de sus medios morales para emplear los medios de la política carlista.

El carlismo podrá estar muy convencido de que el remedio más á propósito para combatir la revolución consiste en dejarla entregada á sí misma, á fin de que se suicide cuanto antes, y del mismo exceso del mal nazca pronto completo remedio; podrá creer que

la determinación más cuerda para todos los españoles sensatos sea; ó la de empuñar las armas ó la de andar retraídos de toda participación en los negocios públicos, contemplando impasibles las luchas de los partidos y dejando que la revolución produzca sus estragos, á fin de que la enfermedad social arranque por sí misma la reacción favorable que nos tiene anunciada. Creemos, por el contrario, que es más positivo y práctico atajar oportunamente el mal con eficaces remedios, y aprovecharse de toda oportunidad, y de todos los medios legítimos, y de todas las armas, áun cuando sean forjadas por el enemigo, para que prevalezcan los intereses de la buena causa. Creemos que es ley de buena guerra, que el soldado que se encuentra sin armas en el campo de batalla procure apoderarse de las del enemigo y defenderse con ellas. Creemos que es deber de todo hombre sensato acudir á las elecciones y á las protestas legales, y á las representaciones respetuosas y firmes, como á los medios de la imprenta, para impugnar los decretos revolucionarios y poner á salvo los intereses del orden y de la justicia, y hacer oír, en fin, con toda energía la voz del creyente, lo mismo en la vida privada que en la vida pública, ante la autoridad del padre de familia, como ante todas las jerarquías del poder civil.

Pudiera ser que algun día en lo venidero se acredite como buena doctrina médica el sistema de dejar que se desarrollen libremente las enfermedades, esperando que la naturaleza, al verse en el último extremo, produzca saludable reacción, que salve á los enfermos sin necesidad de remedios. Tantas cosas extraordinarias nos tienen anunciadas para lo venidero, que bien pudiera ser ésta la medicina del porvenir. Hasta ahora, sin embargo, ha pasado por insensato, y áun hoy perdería su clientela, el médico que, suprimiendo la botica, anunciara á los enfermos que curaba las enfermedades con la misma enfermedad. El carlismo, sin embargo, se ha anticipado en política á la extraña medicina de los siglos futuros. El todo ó nada podrá ser lema que vociferen algunos políticos; pero los hombres sensatos no lo pueden disculpar sino como arrebatos de soberbia de niños mal criados y consentidos. Será muy carlista la teoría de que es mejor andar retraído y dejar que los males sigan su curso, porque es indudable que del exceso mismo del mal ha de venir el remedio; pero es mucho más cristiano

el principio de que, cuando una nación se siente atacada por los males de doctrinas y sistemas disolventes, se le deben aplicar los remedios morales por todos los caminos que permite la naturaleza y situación del enfermo. El envenenado, sea individuo, sea cuerpo social, se muere si no le dan el contraveneno: y habría que alejar como funesto al político que se negara á aplicar el antídoto, porque no puede valerse para ello más que de los procedimientos de la constitución del año 12, en lugar de los procedimientos de la Novísima Recopilación; como habría que retirar sus licencias profesionales al doctor que en caso semejante renunciara á administrar el antídoto, porque no lo podía hacer observando todas las reglas del arte, y recomendando Hipócrates que después de tomada la medicina haga algun ejercicio el enfermo para entrar en reacción, se encuentre con un inválido que no puede andar.

Decíamos, pues, con razón, que si el carlismo quiere andar retraído, á los católicos no les conviene el retraimiento, sino el manifestarse en todas partes defendiendo sus derechos por todos los medios legítimos. Si al carlismo le conviene levantar á un pretendiente real sobre escudos guerreros, ó proclamar formas de gobierno determinadas, y aclamar al rey absoluto y no prescindir de ello só pena de dejar de ser carlismo; al católico, por el contrario, todos esos lemas le pueden ser indiferentes; pero sí le conviene luchar contra la revolución y combatir el liberalismo allí donde lo encuentre, lo mismo en los sistemas llamados constitucionales y en las democracias, como en las monarquías absolutas, donde no por ser más rancio es menos dañino. Al católico, antes que nada, le conviene defender la religión, la moral, la familia, la propiedad, la paz y la seguridad individual, fundamentos primordiales de toda sociedad, porque el católico sabe que sin una dinastía, y hasta sin una corona, se puede conservar el orden social; pero que sin el orden social no pueden vivir los pueblos ni las más augustas dinastías.

El carlismo, en fin, por los mismos lemas políticos que ha inscrito en su bandera, se ve hoy en la alternativa, ó de rasgar esa bandera, ó ser un partido anárquico, condenado á no esperar el triunfo de sus ideales sino de la revolución y trastorno de todos los elementos del orden social. Por la suerte de las armas, por la violencia, por casi un siglo de catástrofes, ó por cualquier otro

medio, bueno ó malo; cada cual lo ha de apreciar á su manera, esa causa ha sido vencida y muerta en el juicio de Dios de las contiendas civiles, ha resultado incapaz é impotente, y ha llegado ya el día en que hasta la prudencia más tímida lo puede conocer con entera certeza; ya no representa más que un elemento destructor, sin otro cometido que el de hacer la monarquía tan imposible como la república. Si allí había algún título de legitimidad, ese título ha prescrito. En adelante, sería obstinacion injusta empeñarse en mantenerlo; sería pretender que una sociedad permanezca en un estado violento perpétuo, para conservar derechos en la persona de un pretendiente que ha resultado incapaz. El carlismo, en fin, se ve en uno de esos casos, frecuentes en la historia, en los cuales, por la acumulacion de determinadas circunstancias, cede en ruina del orden social la firmeza en sostener ciertos derechos políticos; se encuentra en uno de esos casos de colision de derechos, en que es obligacion natural someter el derecho menor al derecho mayor, y prescindir de personas para mantener los principios fundamentales del orden social, y borrar aquellos lemas que en adelante es imposible sustentar, para conservar intactos otros principios sociales que no pueden perecer, porque son base fundamental de toda sociedad. Si el carlismo no lo hace así, queda condenado á ser partido anárquico, que podrá desatarse en insurrecciones contra lo que los revolucionarios llaman el santo derecho de insurreccion, pero que al mismo tiempo tendrá que poner en práctica, como nadie, la rebelion contra todo gobierno, sin poder tomar en política otra actitud que la del sedicioso. Si, por el contrario, suprime aquellos lemas y prescinde de personas para salvar los principios, el carlismo desaparecerá como carlismo, pero se convertirá en el partido quizás de más vida y de más poderosos recursos y elementos de dominio, y el principal representante del orden que se conozca en nuestra patria.

Pero mientras tanto se empeña en vano si pretende presentarse ante los pueblos como el campeón armado de los derechos de la Iglesia, y hacer creer á los hombres que el triunfo de los intereses católicos en España depende del triunfo de los intereses carlistas. Podrá el carlismo continuar ostentando pertinaz los lemas políticos que le obligan á revolver todos los elementos del orden social, y constituirse en foco de anarquía; pero los intereses reli-

giosos, lejos de estar ligados á semejantes aspiraciones, están enfrente de las obstinaciones injustas.

Es muy de lamentar que en la desorganizacion en que se han visto en España los intereses católicos, no se pudiera constituir con la oportunidad debida un partido que se propusiera como principal deber la defensa de esos intereses sagrados. Esta falta de un núcleo de agrupacion, exclusivamente católico, que se ha echado de ménos en nuestra arena política, ha sido la causa de que se unieran al carlismo considerable número de personas, que, animadas principalmente del fervor religioso, creyeron, no sólo que toda doctrina religiosa se ha de traducir en doctrina política, sino que, para hacer triunfar los intereses de la Iglesia en la guerra que hoy la revolucion ha promovido contra ellos, se hace preciso organizar un partido político religioso, y vincular para ello la religion en una causa política, buscando para los intereses espirituales un jefe político militante. Doctrina tan verdadera en una parte como falsa en la otra. Muy cierto es, en efecto, como lo dijimos al principio, que la religion y la política son inseparables en absoluto; que toda idea religiosa tiene por fuerza tambien que traducirse en doctrina política; y toda doctrina política que esté unida á grandes intereses sociales, ha de producir siempre, bajo cualquier forma de gobierno, agrupaciones y partidos políticos. Pero no es ménos cierto que las doctrinas políticas que nacen de los principios religiosos son doctrinas tan duraderas como el mismo principio religioso; y no hay manera de vincularlas á ninguna mira puramente temporal ó de identificarlas con ninguna de las causas transitorias que en la vida de las naciones producen hoy una bandera y mañana la dispersan. Á la Iglesia nada más corresponde establecer la doctrina política que nace del dogma católico, y esta doctrina, que no es ni monárquica, ni republicana, ni exclusiva de gobiernos representativos ó de monarquías absolutas, pero sí únicamente un principio absoluto de justicia, ha sido proclamada ya por la santa sede, resolviendo las dudas ó extravíos que sobre ello se pudieran originar en los tiempos modernos. Mas el triunfo de las declaraciones que contienen las repetidas encíclicas del pontífice, el *Syllabus* y los decretos del concilio vaticano, que son el código de la restauracion de los pueblos cristianos, no está vinculado al alzamiento de un candidato real, ni al establecimiento de deter-

minada forma de gobierno, ni á la formacion de un partido político, que á dichas decisiones doctrinales de la santa sede quiera añadir otros lemas de su conveniencia particular sobre cuestiones de legitimidad real ó sobre leyes constitutivas de la organizacion temporal de cada nacionalidad.

En otros términos: será partido católico por excelencia, y con sentimiento usamos aquí la palabra partido, que nuestra época ha hecho necesario emplear, porque el catolicismo no es, ni puede ser, lo que comunmente se llama un partido político; decimos, pues, que será partido católico por excelencia aquél que se concrete á aplicar en la vida social los principios políticos que se derivan del dogma católico, y se constituya principalmente para darles cumplimiento en el organismo de cada nacionalidad, como lo son, por ejemplo, los partidos católicos de Alemania y Bélgica: Tanto mejor si aceptan estos principios y se declaran sus mantenedores otros partidos organizados para fines puramente temporales, del todo ajenos á los intereses espirituales; mas esto no les dará derecho á intitularse partidos religiosos: serán únicamente partidos que caben dentro del terreno católico. Pero en casos semejantes, cuiden siempre con especial cuidado los hombres verdaderamente religiosos de que bajo el pretexto de religion los traficantes de la política no les hagan servir de instrumentos dóciles

1. Disuena el nombre de *partido* asociado al de *católico*, dos términos por naturaleza inconciliables. No debe haber un partido católico, porque las naciones son las que deben ser católicas, y no sólo un bando político que en ellas se forme. Pero al mismo tiempo ha de tenerse en cuenta que en las circunstancias actuales, por las mismas doctrinas que sustentan los partidos revolucionarios, y por las agresiones violentas que dirigen contra el orden cristiano, la lucha política es desde hace tiempo principalmente religiosa, y ese carácter se va acentuando cada dia en proporciones tales, que amenazan reproducir una época parecida á la que siguió á la explosion del protestantismo. Quizás aun antes que acabe de desaparecer en la tumba la presente generacion, *católico* y *anticatólico* sean ya los nombres con que se distinguen los dos ejércitos enemigos que dividen en dos campos á las sociedades modernas. Pero si por las necesidades de la lucha, los católicos, como es de temer, para la propia defensa se vieran precisados á valerse de la organizacion de partido político, su mision en tal caso en el terreno político sería asimilarse todos los elementos conservadores, y presentándoles la fuerza de conservacion más poderosa y la base más amplia para la union y concordia ante el enemigo comun, conseguir así que al frente de todas las banderas que se dicen de orden, los intereses religiosos del individuo y de la sociedad se proclamen como los principios más fundamentales que hay que conservar y defender. De este modo se constituiría el gran partido conservador enfrente del partido revolucionario. Los intereses católicos tienen que ser para los elementos conservadores como la fuerza de cohesion que sujeta en los cuerpos moléculas heterogéneas. Sin esa fuerza, los partidos conservadores están condenados á vivir incoherentes y reducidos á impotencia para conjuar las explosiones revolucionarias.

para el conseguimiento de otras miras puramente temporales; y resulte á la postre que el lema religioso no fué en tales manos más que un disfraz político y un medio de triunfo para codicias humanas. Aplicando esto mismo á los hechos que en nuestra patria ocurren, diremos que carlista y católico son dos cosas distintas; que el carlista puede ser católico, pero que para ser católico no es necesario ser carlista, como se ha pretendido alguna vez.

Se necesita, en efecto, ergotizar tan sutil y sofisticadamente para demostrar la proposicion *carlista, luego católico*, que con argumentos no más sutiles se podria muy bien demostrar el sofisma contrario: *es carlista, luego no es católico*. Y no fuera difícil probar que en muchos esa fórmula significa en realidad: *carlista primero y luego católico*. No negamos, por tanto, que hombres verdaderamente religiosos hayan militado dentro del carlismo; creemos, por el contrario, que son muchos los que se han acogido á esa bandera impulsados principalmente por el fervor religioso; pero deben éstos precaver con especial cuidado que los traficantes de la política, disfrazados de religion, no se valgan de ellos como de instrumentos ciegos para satisfacer codicias humanas.

Fuera indudablemente muy de desear que para poner término á discordias civiles, que tanto han favorecido el triunfo de la revolucion en nuestra patria, se alzara una bandera política, en torno de la cual se pudieran agrupar, sin hacer traicion á sus principios ni faltar á sus compromisos de honor, los monárquicos verdaderos de uno y otro campo conformes en que el rey debe ser rey y gobernar, y las córtes verdadera representacion del país, y persuadidos igualmente de la necesidad de poner término cuanto antes á las anarquias revolucionarias y á los despotismos ministeriales y parlamentarios, levantando con arreglo á las tradiciones de España, y teniendo en cuenta todas las mudanzas que han traído los tiempos, un poder real fuerte y activo y una representacion legítima y enérgica de todos los elementos de nuestra monarquía. No veríamos así bandos monárquicos que, aborreciéndose de muerte, para satisfacer sus odios y venganzas no temieran en socabar el principio de autoridad. Ni veríamos á monárquicos que, porque fueron vencidos en la guerra civil, miran con complacencia el fuego revolucionario propagándose con rapidez alrededor del trono ocupado por una reina; ni tampoco monárquicos coaligados con la

revolucion para tener sujeto y dominado al carlismo. Pero, por desgracia, pensamiento tan noble no reúne hoy mayores esperanzas de éxito que en tiempo del ilustre Balmes, quien, no obstante sus generosos intentos, murió en el desconsuelo de ver que los unos no se le acercaban y los otros se alejaban más de él cada día. Por eso, considerando que en este orden de cuestiones nunca se debe intentar poner por obra lo mejor, sino lo posible, no pedimos la reconciliación sincera de todos los españoles monárquicos bajo una misma bandera política; quizás se necesita aún que dos generaciones bajen á la tumba para que tal reconciliación sea posible; únicamente pedimos ahora la unión de todos los católicos.

Que todo el que aliente en su corazón sentimientos verdaderamente católicos anteponga sus deberes principales á toda otra aspiración, que, por muy arraigada que esté en él, si es católico la debé apreciar como secundaria. Que alzando una bandera, donde únicamente aparezcan escritos los lemas religiosos y sociales que ha proclamado la Iglesia, y guardando intactos esos lemas, pero no añadiéndoles tampoco ningún otro ideal político que pueda ser gérmen de discordias, se organicé con sus hermanos para luchar unidos y disciplinados contra el enemigo común, y defender en todos terrenos, contra las violencias y ultrajes de la revolución, los fueros de su conciencia y los derechos de la Iglesia.

Los partidos no pueden ejercer una acción desembarazada y fuerte, ni mantenerse unidos con vigorosa disciplina, ni prometerse, por tanto, días de triunfo, si no se colocan en la actitud que les corresponde y precisan bien el punto hácia el cual van á dirigir sus esfuerzos. No se formará jamás en España una agrupación católica, ni los que deben formar esa unión saldrán jamás de las discordias intestinas, ni podrán, por tanto, como católicos, ejercer acción desembarazada y fuerte en nuestra vida social, ni esperar días de triunfo, mientras no coloquen esos intereses sagrados en la actitud que les corresponde y precisen bien el punto hácia el cual van á dirigir sus esfuerzos. La actitud que ahora corresponde á esos intereses para organizar vigorosamente la unión católica consiste en no proclamar más principios sociales que aquéllos proclamados ya por la santa sede, y sin los cuales no se puede ser católico, y es anatema quien abjura de ellos. El punto principal, y

por ahora el exclusivo, hácia el cual deben dirigir sus esfuerzos en España los católicos unidos por vínculos de poderosa unidad, ha de consistir en remover todos los estorbos que encuentra la Iglesia para el empleo de sus grandes medios morales de acción sobre los pueblos; medios con los cuales, á no verse cohibida, habia de conseguir en breve que la sociedad española fuera de nuevo toda ella católica. La Iglesia necesita libertad é independencia en sus atribuciones y jerarquía; libertad é independencia en la enseñanza, en la propiedad, en las comunidades de sus fieles; libertad é independencia en sus relaciones con el poder civil; libertad é independencia, en fin, en todos los fueros de la jurisdicción espiritual. Hácia esto, y no más, debe dirigir todos sus esfuerzos la unión católica.

Más tarde, cuando las tradiciones de disciplina y organización entre católicos, y la comunidad de trabajos y los recuerdos gloriosos de adversidades ó triunfos hayan estrechado fuertemente las filas de los campeones y ligado irrevocablemente sus aspiraciones y sentimientos, entonces, si lo exigen así los complicados intereses que en el desenvolvimiento de las cosas humanas se involucran siempre en todas las cuestiones sociales, se podrán evocar como complemento otros principios políticos y económicos apropiados á la situación de nuestra patria. Entonces estos principios, lejos de desunir, robustecerán los pactos de unión, y resultará que los elementos que hoy son de discordia serán en aquel día cimiento de alianzas más estrechas.

Enfrente está la revolución, desecha en parcialidades, recogiendo en discordias hirvientes el fruto de las tempestades que sembró, y pudiendo apenas contener con puntales el edificio de iniquidad que ha levantado sobre arena y está amenazando ruina. Esos agrietados muros ofrecen por donde quiera ancha brecha para el asalto. La fuerza del mal es ménos temible en las sociedades que la debilidad del bien; y si las buenas doctrinas y los principios de justicia se desplegaran con tanto atrevimiento como los principios falsos, la perversidad y el error no prevalecerían fácilmente. Esta es la hora solemne en que se deben unir los creyentes en santa cruzada, y tomando por emblema la cruz del lábaro santo, lanzarse á libertar la Esposa de Cristo del poder de los infieles. Si hay entre los creyentes tanta unión y disciplina como fé y entusiasmo,

